

Desafíos para la Educación

■ CRISTIÁN COX

El sistema educacional y sus procesos son resultado de una gigantesca empresa de reflexión: vuelta de un orden social sobre sus pasos y discusión y decisión sobre sus metas y medios para lograrlas, sobre sus valores y estilo de vida, sobre su identidad. En el acto esencial al sistema educativo de elegir y articular qué se transmite a cada nueva generación, está en juego nuestra relación con el pasado y también con el futuro que se quiere construir.

Tras la extendida y aguda preocupación por nuestras instituciones educativas y lo que en ellas ocurre, destacan dos órdenes de factores. Primero, un factor nacional: con el término del período autoritario y de dos décadas de conflicto irreducible sobre el proyecto de país, la educación ha recuperado un lugar relevante en el debate nacional. Se vuelven a plantear con fuerza, tanto dentro del sistema como en la sociedad, las preguntas sobre qué traspasar culturalmente y cómo modelar las inteligencias y voluntades de la nueva generación. Lo que lleva al segundo factor, que es universal y se relaciona con la aceleración del proceso global

de cambios que caracteriza el final del siglo y donde la información, el conocimiento y las comunicaciones juegan un rol pivotal, ubicando el tema educacional muy alto en la agenda de la sociedad.

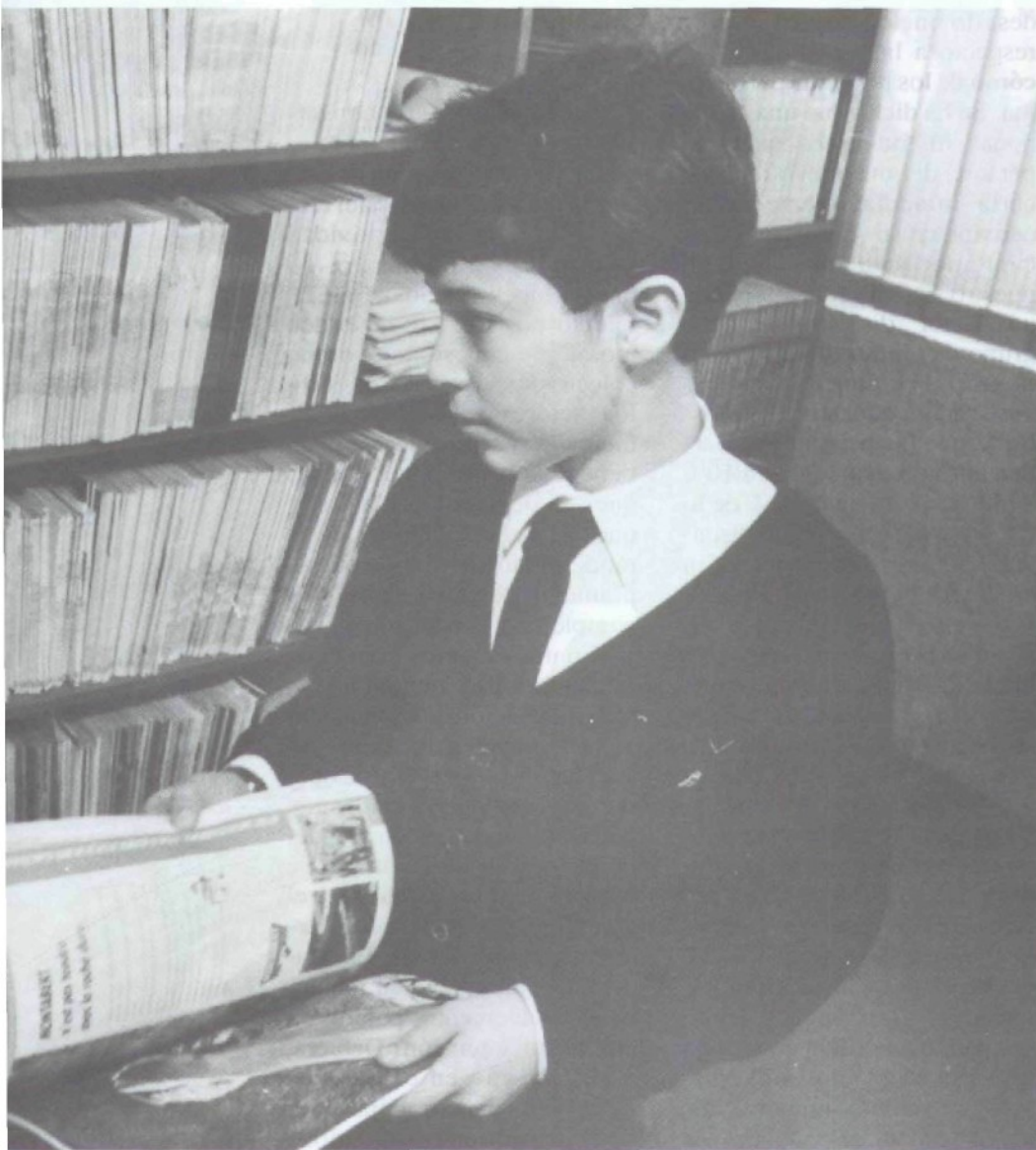
Requerimientos

El mayor desafío que el país confronta en el campo educacional es cómo formar a su juventud para anticiparse al fu-

turo: la generación que este año ingresó al sistema escolar terminará su educación media el año 2005 y vivirá en un mundo de cambio acelerado, que plantea requerimientos nuevos a la educación de hoy.

El proceso global de modernización trae aparejado, en el campo de las relaciones productivas, la aceleración del ritmo de cambios tecnológicos, lo que exige personas más flexibles y con mayor capacidad de adaptación a situaciones nuevas; y la globalización de la





Gonzalo Santana

Lo que se pide a la educación es la inculcación de capacidades generales de comunicación, resolución de problemas, procesamiento de conflictos y adaptación a cambios

economía y la competencia internacional, que exige a su vez elevar la competitividad del país y por lo tanto las capacidades de los recursos humanos para agregar valor a nuestros productos.

En el ámbito de la *cultura y de las relaciones sociales*, el proceso referido trae consigo la globalización de las comunicaciones, la saturación de la información, la invasión del mundo verbal por parte de los medios audiovisuales de comunicación masiva. Todo esto

tiende a debilitar lazos y tradiciones, a desdibujar identidades y significados colectivos. Desde este ángulo, se requiere que la educación, más que antes, contribuya a la formación de personas moralmente sólidas, con sentido de identidad y capacidades para discriminar y discernir.

Por último, en el *ámbito político* se plantea la necesidad de una democracia fundada en un orden social más integrado y participativo, lo que demanda directamente al sistema educa-

cional una distribución equitativa de conocimientos y disposiciones relevantes para una participación democrática real.

En Chile, la educación del presente está organizada, sin embargo, de acuerdo a formas del pasado que preparaban para una sociedad con un bajo ritmo de cambio, y en la que se intentaba entregar conocimientos "para toda la vida" y desarrollar una "memoria de conocimientos", según el principio enciclopedista. Asimismo, en sus resultados, ya que no en sus intenciones, es profundamente inequitativa, con la injusticia y pérdida de talento que ello conlleva. Hoy se requiere dar un salto en educación si el país verdaderamente quiere crecer con equidad e integrarse creativamente a los nuevos procesos socioeconómicos, culturales y políticos mencionados.

Tres desafíos

La función esencial de la educación es la inculcación de saberes (conocimientos y habilidades) y valores. Para ello se organiza institucionalmente de maneras variables, más o menos efectivas. Desde esta perspectiva es posible ordenar la agenda de problemas, o los desafíos que confronta la educación chilena, según cada una de estas tres dimensiones. Esto da lugar a un *desafío instrumental*, que apunta a los aspectos de información y saberes instrumentales que deben ser comunicados; un *desafío moral*, referido a los valores y la sensibilidad moral que debe ser inculcada; y, por último, un *desafío organizacional*, que se refiere a los medios con que se realizan las funciones esenciales referidas.

Desafío instrumental

Los requerimientos de saberes y habilidades de la vida moderna son cada vez más generales y abstractos. Lo que se pide a la educación no es el manejo de información y habilidades específicas, -que se aprenden en los contextos de trabajo y que quedan rápidamente obsoletos por cambios en las tecnologías-, sino la inculcación de capacidades generales de comunicación, resolución de problemas, procesamiento de conflictos y adaptación a cambios.

Lo anterior supone abandonar el concepto enciclopedista que, en particular en la educación media, rige el currículum actual, con su pretensión de cubrir todas las áreas del conocimiento. Exige, en cambio, centrarse en la inculcación de unas competencias de base que requieren de una visión y unos procesos de transmisión mucho más integrados que las actuales asignaturas. El desafío principal en este caso es hacer de la experiencia escolar algo auténtico en relación a la información y el conocimiento que circula en la sociedad. Ello supone un esfuerzo grande de cambio en las formas en que se selecciona y articula el *qué* de la educación, que hoy aparece singularmente atrasado por comparación a los volúmenes y las formas en que se procesa la información en la sociedad. Un criterio orientador aquí es optar por la profundidad en vez de la extensión y seleccionar con rigor los contenidos estratégicos que tienen un peso propio (una alta densidad cultural) y que, por tanto, son los mejores materiales a través de los cuales se pueden inculcar las competencias culturales aludidas.

Simultáneamente, hay un

desafío metodológico mayor respecto a la pedagogía, o el *cómo* de los procesos del sistema. Se ha dicho que una de las pocas instituciones que una persona del medioevo reconocería inmediatamente como cercana a su experiencia es cualquier sala de clases de nuestro sistema educativo, con un 'lector' dirigiéndose a un grupo de alumnos a través del dictado. Por otra parte, la investigación educativa ha mostrado que las personas recuerdan aproximadamente un 10% de lo que escuchan, 20% de lo que ven, 40% de lo que discuten y 90% de lo que hacen. Sin embargo, la práctica predominante en nuestras instituciones se ordena en torno a un profesor hablando frente a alumnos que escuchan. La pedagogía debe abrirse a las múltiples posibilidades que ofrecen los nuevos medios portadores de información y poner en su centro metodologías activas que hagan trabajar a los alumnos. Esto por cierto es fácil de ver y no es nuevo para nadie, pero hoy día, en nuestra enseñanza media, por ejemplo, predomina el dictado, con una pérdida de tiempo inmensa (hablamos 100 palabras por minuto, mientras que se lee a 300 o 500 palabras por minuto), aburrimiento y no aprovechamiento de talentos y posibilidades de aprendizaje.

El sistema tiene que enseñar una metodología para aprender de la realidad en que se vive ('aprender a aprender'). Esto, pese a ser un lugar común del campo educativo, no se practica, y no se enseña a describir con precisión ni a reflexionar sistemáticamente sobre lo observado. Y, sin embargo, estas habilidades intelectuales básicas son las que aseguran desempeños efectivos en cualquier ámbito y la capacidad de adaptarse al cambio.

Desafío moral

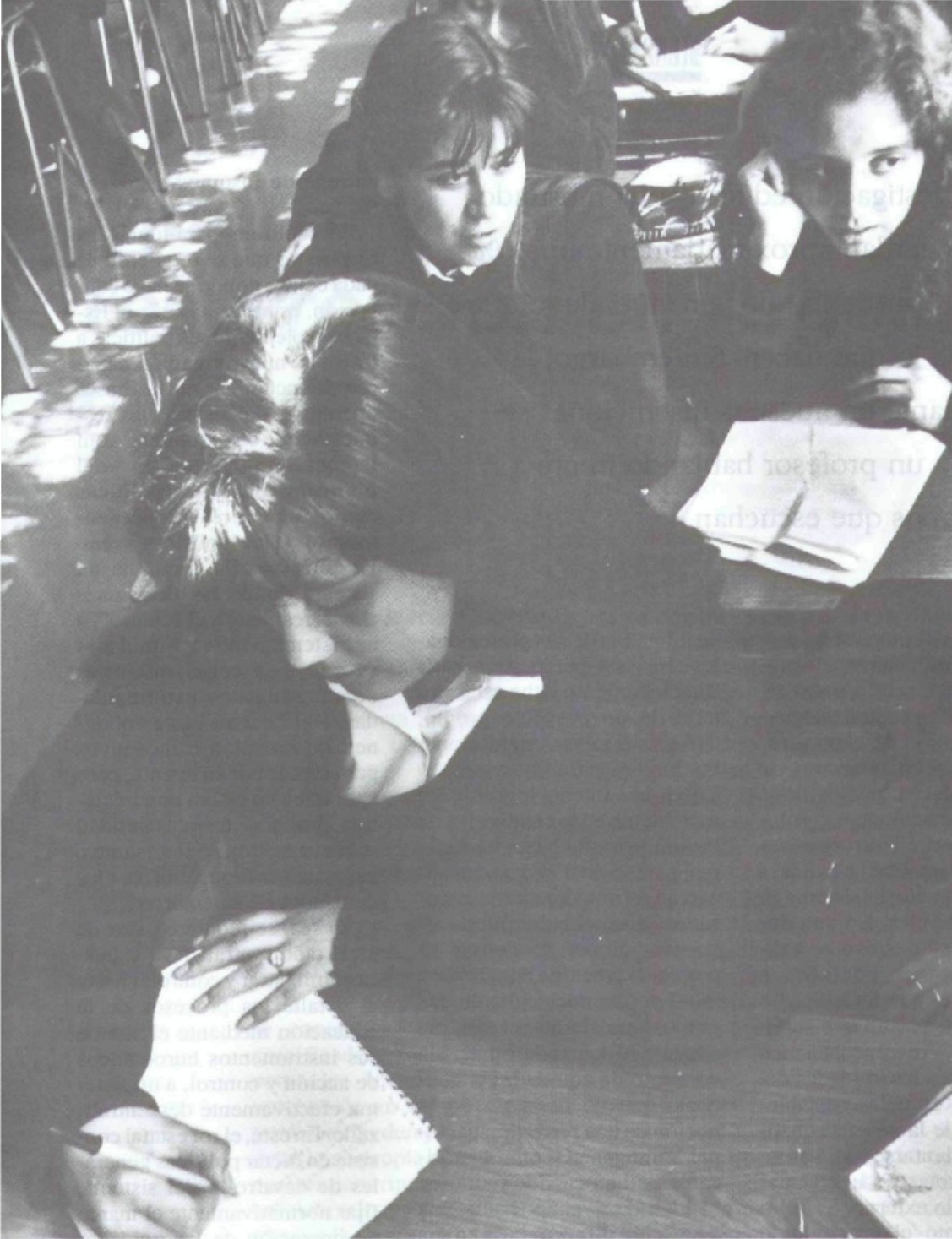
Punto central de la conversación pública actual sobre educación, es la relación de ésta con los requerimientos del crecimiento y la competitividad económica. Sin embargo, no hay competitividad ni crecimiento posibles sin un orden moral que cohesione el orden colectivo y provea de sentido a los actores individuales. El mercado y sus intercambios tienen bases pre-contractuales que son de naturaleza moral y que, en las condiciones de la modernidad de fin de siglo, plantean desafíos nuevos y complejos a la educación.

En un contexto como el de la modernidad que vivimos, toda educación auténtica debiera fomentar y nutrir las capacidades de libertad y de obediencia, las capacidades de percibir y vivir derechos y deberes, y las capacidades de transitar entre la fidelidad y el escepticismo frente a las verdades con que trabaja. La educación debiera intentar mantener estos elementos polares en equilibrio y tensión. Debiera, especialmente en el presente de nuestro país, trabajar en y con la tensión entre solidaridad y competitividad¹.

Pero, tal vez, el desafío mayor en este plano tiene que ver con las relaciones entre identidad y pluralismo, potenciado este último por la globalización y la diversidad y complejidad creciente de nuestro propio orden social.

¿Qué debe hacer la educación frente al dilema de tener que transmitir valores y un sentido de comunidad en un orden cada vez más inevitablemente plural? Desde la perspectiva de un pluralismo humanista, la respuesta se contruye negando el relativismo que nos condena

¹ Una educación católica por cierto agregará a estas tensiones la intrínseca al valor de la trascendencia, inculcando a sus alumnos el valor de ser actores 'responsables del mundo, sin ser del mundo'.



permitir el encuentro en la diversidad, se requiere una educación que enseñe a distinguir sistemáticamente entre lo que se debe vivir como valores y qué se debe tratar como valores. O, lo que es lo mismo, fortalecer los valores y lazos de identidad y comunidad al mismo tiempo que se trabaja hacia la apertura, la diversidad y la globalización².

Adicionalmente, hay un desafío que es permanente pero que cobra especial fuerza con la elevación de los niveles educativos de la población en su conjunto y la paralela tecnificación de la política. Consiste en la producción por parte del sistema educativo de las bases de conocimiento y bases valóricas requeridas para el funcionamiento de un orden político democrático. Aquí surgen como centrales la inculcación de las habilidades de percibir y expresar conflictos de valores e intereses; la inculcación de los valores de libertad, tolerancia, sentido de justicia y respeto por la verdad y el razonamiento; la organización de prácticas de participación; y la experiencia del debate público y la discusión, todos elementos fundamentales al ejercicio de la política democrática.

En nuestra enseñanza media predomina el dictado, con una pérdida de tiempo inmenso, con aburrimiento y no aprovechamiento de talentos y posibilidades de aprendizaje

Desafío organizacional

Los procesos educativos que intenten responder a los desafíos bosquejados requieren de una organización del sistema educativo diferente a la del pasado centralizado, y que las políticas del gobierno de la

a la anomia y la inacción, así como también el absolutismo valórico que nos lleva a negar al otro y sus valores.

La distinción crucial aquí es entre lo que es **vivir como valores** (los valores propios, aquello a lo cual debemos respeto con reverencia) y lo que es **tratar como valores** (los valores del 'otro', aquello a lo que debemos respeto sin obediencia). El desafío moral tal vez

central para nuestra educación -inserta en un orden que recién sale de la lógica política de guerra y crecientemente inmerso en los circuitos de la globalización material y simbólica-, es inculcar una sensibilidad valórica que se manifieste en la capacidad de **tratar como valores** un rango más amplio de costumbres que aquellas que cada uno **vive como valores**.

Desde esta perspectiva, para

Por otra parte, la investigación educativa ha mostrado que las personas recuerdan aproximadamente un 10% de lo que escuchan, 20% de lo que ven, 40% de lo que discuten y 90% de lo que hacen. Sin embargo, la práctica predominante en nuestras instituciones se ordena en torno a un profesor hablando frente a alumnos que escuchan.

transición, así como las del presente gobierno, han estado procurando establecer. Cuatro aspectos parecen centrales: apertura al medio, descentralización, un nuevo concepto de equidad, nuevos medios de la política educacional.

Un requerimiento organizacional fundamental es evitar la **autorreferencia** del sistema en todos sus niveles. Lo anterior implica no sólo convocar a diversos actores sociales a coparticipar en la formulación de las políticas sino que supone, además, crear mecanismos que fuercen a las unidades del sistema -las escuelas y establecimientos de la enseñanza superior- a orientarse hacia afuera de sí mismas y a interactuar con el medio externo.

Así como el crecimiento cuantitativo de los sistemas educacionales se llevó a cabo mediante mecanismos centralizados, las políticas ordenadas en función de objetivos de calidad como los reseñados anteriormente sólo pueden aplicarse exitosamente a través de la autonomía creciente de las unidades operativas del sistema -escuelas, departamentos universitarios, centros de investigación- y una mayor capacidad

de iniciativa de sus profesionales. En esta perspectiva cada establecimiento debe estar dotado de un proyecto propio, definir sus metas y seleccionar los medios para conseguirlas. Lo que se intenta lograr es un incremento en la creatividad de las unidades de base del sistema, para lo cual la descentralización es una condición necesaria. Cada unidad es puesta así en condiciones de definir su propia «trayectoria de calidad».

La diferenciación de los grupos que atiende el sistema educativo demanda un nuevo concepto de equidad. Un concepto que no descansa en la noción de una provisión nacional homogénea -como históricamente ha ocurrido-, sino en la idea de avanzar hacia una educación **diferenciada** en sus insumos y procesos -porque diferentes son los grupos que atiende- para el logro de **resultados similares**. Así, equidad en los años noventa significa: provisión diferenciada para la obtención de resultados similares; atención especial a los requerimientos de los grupos que social y culturalmente están más distanciados de la cultura escolar, y focalización y discriminación positiva en la

entrega de insumos y apoyos técnicos.

Por último, para lograr las respuestas que se requieren de cada centro donde se hace educación, es necesario que el Estado implemente sus políticas a través de nuevos medios, capaces de incentivar en las bases operativas del sistema las respuestas que se requieren. Aquí la metáfora rectora es «**del planeamiento y las políticas como ingeniería al planeamiento y las políticas como jardinería**». Es decir, de un sistema donde las decisiones claves residen en el «centro», a un sistema donde las unidades se conciben como instancias organizacionales autorreguladas. Del «centro» éstas obtienen información e incentivos para crecer por su cuenta, pero operan en su esfera con iniciativa propia y responsabilidad sobre la gestión de sus asuntos, adaptándose flexiblemente a las demandas de su entorno.

O sea, se requiere pasar de un Estado centralista, que busca administrar y controlar hasta el detalle los procesos de la educación mediante el uso de sus instrumentos burocráticos de acción y control, a un sistema efectivamente descentralizado. En éste, el rol estatal consiste en dictar políticas generales de desarrollo del sistema, fijar normativamente el marco de operación de las unidades autónomas, definir estándares, proporcionar información, diseñar mecanismos de financiamiento que incentiven la calidad, equidad y eficiencia del mismo y evaluar sus resultados. Esto implica, contrariamente a lo que podría ser el supuesto neo-liberal en estas materias, combinar la política con el mercado para producir una efectiva autorregulación y desarrollo de la educación. ■